

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Renovación de ideas y nuevas experiencias políticas en el socialismo argentino a principios de los sesenta.

María Cristina Tortti.

Cita:

María Cristina Tortti (2009). *Renovación de ideas y nuevas experiencias políticas en el socialismo argentino a principios de los sesenta. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/1284>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evbW/vyR>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Renovación de ideas y nuevas experiencias políticas en el socialismo argentino a principios de los sesenta

María Cristina Tortti

Departamento Sociología

Facultad de Humanidades

Universidad Nacional de La Plata

mctortti@way.com.ar

Nuevas ideas y nueva izquierda

El debate actual sobre las ideas y experiencias políticas de la “nueva izquierda” argentina tiende a centrarse en las organizaciones políticos-militares y en la violencia política como un fenómeno engendrado por el “Cordobaza” y propagado a la década siguiente. Uno de los efectos de este recorte consiste en que la escena aparece dominada por el enfrentamiento entre la guerrilla y las Fuerzas Armadas, detrás del cual la sociedad y sus conflictos parecen esfumarse. El otro, en el hecho de que aún permanezcan en relativa oscuridad los orígenes de dichas organizaciones, y sobre todo, la naturaleza de las experiencias políticas que precedieron a la decisión de tomar las armas.

En la búsqueda de explicaciones, algunos autores remiten a la creciente ilegitimidad del poder estatal o a las características de la cultura y del sistema político argentino ¹; si bien esas

¹ J. C. Portantiero (1977), G. O'Donnell (1982), C. Hilb y D. Lutzky (1984), L. De Riz (1986), M. Cavarozzi (1997), A. Pucciarelli (1997), M. M. Ollier (1998).

interpretaciones resultan plausibles, no parecen suficientes para esclarecer las razones por las cuales una o dos generaciones alcanzaron tal grado de radicalidad. Otros apuntan al proceso de “modernización” cultural producido después de 1955, a la difusión de “ideas revolucionarias” y al sentimiento de malestar experimentado por los intelectuales de izquierda a raíz de la distancia social y política que los separaba del movimiento popular ².

La constatación de la discontinuidad existente en el conocimiento entre la dinámica de la “nueva izquierda cultural” de los sesenta y la expansión de la “política revolucionaria” durante los setenta, estimuló la necesidad de conocer las experiencias específicamente políticas a través de las cuales las nuevas ideas fueron procesadas, dando curso al “compromiso” al que incitaban. Por lo general, esas experiencias marcharon en un sentido inverso al propiciado hasta entonces por los Partidos Socialista y Comunista (PS y PC), responsabilizados por el “fracaso histórico” de la izquierda en la Argentina. Si bien esa crítica no era nueva, después de 1955 encontró un ambiente más favorable que en el pasado, ya que tras la caída del peronismo, las condiciones políticas parecían ofrecer a la izquierda una nueva oportunidad para ligarse con los sectores populares - considerados en situación de orfandad política-. Pero, a la vez, la evidencia de que no habría “desperonización” sino que por el contrario la clase obrera reafirmaba su identidad en medio de una notable combatividad, aumentó las tensiones que recorrían a ambas organizaciones.

Entonces, sobre todo en las capas más jóvenes de la militancia, muchos pensaron que había llegado el momento de producir un encuentro que proporcionara nuevos cauces políticos y organizativos a esa aguerreda masa “en disponibilidad”. En esa búsqueda, y en un contexto de viciamiento de las instituciones democráticas, esos grupos se fueron volviendo críticos de las estrategias electorales y parlamentarias a las que sus dirigentes seguían aferradas. Por otra parte, al poco tiempo, la Revolución Cubana brindaría un modelo alternativo que operarían como poderoso estímulo para la acción y facilitarían la tarea de deslegitimación de las “tradicionales” -y fracasadas- dirigencias de la izquierda “tradicional”. Desde entonces, la búsqueda del partido “verdaderamente

² Al analizar el desarrollo de la “nueva izquierda cultural”, Oscar Terán (1991) se interroga sobre los efectos de la “autoculpabilización” y acerca de si detrás de la figura del “trabajador”, crecientemente idealizada por estos intelectuales, no se escondía ya la del “guerrero”. Silvia Sigal (1991) encuentra que, al menos en los primeros sesenta, dichas elites intelectuales realizaron ciertas “operaciones ideológicas” que les permitieron resolver “imaginariamente” la cuestión obrera y la cuestión peronista, separando a los trabajadores de su identidad política y pensándolos como “disponibles” para la convocatoria de la izquierda. Con estas sugerencias, ambos autores invitan a formular interrogantes sobre los procesos a través de los cuales las nuevas ideas y la disposición a la acción, dieron lugar a propuestas políticas que desbordaron los marcos de la izquierda “tradicional”. De manera similar, Carlos Altamirano (2001) señala las circunstancias en las que emergió la “situación revisionista” respecto del peronismo, identifica los principales núcleos de resignificación que facilitaron la articulación -discursiva, y luego política- entre peronismo y socialismo, y llama a incluir la “fe en la revolución” como una dimensión crucial para el análisis.

revolucionario” será asociada a la convicción de que, tal como había ocurrido en Cuba, debía conjugar una estrategia socialista con la “idiosincrasia” del pueblo.

A modo de hipótesis, este trabajo considera que esos debates, y las rupturas a las que dieron lugar, fueron el punto de partida de un proceso general de renovación de los elencos dirigentes y de la cultura política de la izquierda, cuyos efectos se prolongarían hasta entrada la década siguiente. Uno de los rasgos de esa renovación, consistió en que la mayoría de las nuevas organizaciones se lanzó a experimentar con novedosas fórmulas políticas, convencidas de que la articulación entre socialismo y peronismo no sólo era deseable, sino también posible. Si bien por lo general, se trató de organizaciones de reducidas dimensiones y corta vida, no habría que restarles trascendencia a la hora de identificar las raíces del proceso de contestación social y radicalización política que cubrió el país a partir de 1969: cuando la atención se vuelve sobre ellas, se comprueba que casi todos los temas que suelen ser identificados como propios de los setenta formaban parte de su agenda, que muchas estrategias ya habían sido ensayadas, y que la frustración política en la que desembocaron no es ajena al posterior auge de las organizaciones armadas.

En sentido estricto, este trabajo focaliza sobre uno de dichos grupos, la *izquierda socialista*. Nacida en las entrañas del más tradicional y antiperonista de los partidos de la izquierda, este grupo se propuso renovar al “viejo” PS rescatándolo del “gorilismo”, para volver a hacer él un partido ligado a los trabajadores.

El Partido Socialista

Durante los años que siguieron al derrocamiento del peronismo, el PS se vio atravesado por una compleja combinación de expectativas y contradicciones, cuyo despliegue llevaría en poco tiempo a un verdadero estallido y dispersión de sus fuerzas. Como consecuencia de un largo proceso -acentuado durante el decenio peronista-, se había consolidado el predominio de los sectores más tradicionales –“liberales”-, liderados por Américo Ghioldi, aunque entre algunos viejos dirigentes y sobre todo en sus Juventudes había crecido el malestar hacia esa orientación partidaria. Si bien como todo el partido habían celebrado la caída de Perón, desde principios de 1956, y a raíz de la represión desatada por el gobierno sobre los trabajadores, comenzaron a percibir que el férreo alineamiento del PS con “Revolución Libertadora” lo convertía en *cómplice* de la política *anti- obrera* del gobierno militar. El estado de tensión luego se convertiría en enfrentamiento interno, hasta que en 1958, el partido se dividió en PS Argentino (PSA) y PS Democrático (PSD), en el que se reagruparon los “liberales” o *ghioldistas*. Los *renovadores* del PSA,

iniciaron su camino marcados por cierta heterogeneidad interna que diferenciaba a los *moderados* - Alfredo Palacios, Alicia Moreau de Justo y Carlos Sánchez Viamonte-, de la *izquierda* juvenil y radicalizada - Alexis Latendorf, Pablo Giussani, Elías Semán-, acompañados por algunos dirigentes tales como José L. Romero y David Tieffenberg.

En el plano estrictamente político, las diferencias se manifestarían tempranamente en las divergentes propuestas para cada una de las siguientes cuestiones:

1- cómo saldrían del antiperonismo cerrado, cómo se acercarían a los trabajadores, y qué actitud asumirían ante la proscripción del peronismo.

2- cuál sería la estrategia acorde al estado de conciencia de las masas, cuál el tipo de organización adecuado -partido “clasista” o “frente político y social”-, y cuál la vía -democrática ó insurreccional- para acceder al poder.

3- cómo ubicarse en relación con el PC, atendiendo tanto a su alineamiento internacional como a su estrategia “etapista” para la revolución en Argentina³

Los moderados y Sagitario

Dos rasgos permiten delinear el perfil de los *moderados* que se expresaban en *Sagitario*. En primer lugar, la fuerte orientación antiimperialista y latinoamericanista, de apoyo a los “movimientos de liberación nacional” del Tercer Mundo y defensa de la Revolución Cubana -antes y después del triunfo en 1959-.⁴ En segundo lugar, dentro de esa perspectiva general, para el caso argentino, la apuesta a una estrategia de corte reformista con activa utilización de los recursos institucionales disponibles.⁵

³ M. C. Tortti (2006), “Las divisiones del PS y los orígenes de la nueva izquierda”, Prometeo, Buenos Aires.

⁴ *Sagitario* (3ª. época) fue editada entre junio de 1958 y abril de 1961. Su histórico director fue el reconocido constitucionalista Carlos Sánchez Viamonte. La revista veía en el proceso cubano el comienzo de un proceso emancipatorio de alcances continentales, acorde con la meta que siempre había guiado a sus editores: la constitución futura de una “Confederación de Pueblos Indoamericanos”.

⁵ sólo en el caso de que estos recursos fueran “definitivamente suprimidos”, se pensaba en apelar a “otros métodos”, tal como la misma Declaración de Principios del PS preveía, *Sagitario* n° 11, abril 1959. En todos los números hay notas sobre Cuba -entrevistas, crónicas, análisis, un informe del “Che” Guevara- y sobre todo, una réplica constante a las “mentiras” de la prensa sobre Cuba; también hay abundante información sobre los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo, sobre la evolución de los partidos socialistas y laboristas de todo el mundo, y sobre experiencias innovadoras en la construcción del socialismo -como la de Yugoslavia- matizadas con críticas a la URSS. Además, diversas notas critican al PS Francés por su apoyo a la política colonialista francesa en Argelia; también se encuentran notas firmadas por el socialista italiano P. Nenni o los británicos G. D. H. Cole, H. Laski. Según *O. Troncoso* y *T. Di Tella* (entrevistas), ambos autores británicos eran muy leídos por los socialistas de la corriente *renovadora*. El “indoamericanismo” de *Sagitario* refleja la temprana relación de su director con el peruano V. Haya de la Torre y el APRA.

Respecto de las tareas del Partido y de su forma de vinculación con los trabajadores y el peronismo, las posiciones no eran unánimes; algunos confiaban en que, imprimiéndole un tono fuertemente “militante”, el PSA crecería rápidamente entre los trabajadores, y aunque reconocían la debilidad de las fuerzas partidarias en el ámbito sindical, apostaban al crecimiento de un gremialismo “sano” y “moderno” que incluía la creación de centros de capacitación para los dirigentes. A diferencia de otros grupos existentes dentro del Partido, la combatividad demostrada por el peronismo, no los llevaba a descubrir potencialidades revolucionarias en él; más bien desconfiaban de su dirigencia sindical y política que continuaba ligada al “totalitarismo”, y que en muchos casos, entraba en pactos poco claros con el frondizismo; en consecuencia, eran reacios a encarar un “trabajo unitario” y a conformar “frentes ” con ella. ⁶ El PSA debía darse una estructura que le permitiera convertirse en “partido de masas” y con un programa socialista, alejado de todo “frentepopulismo”. Esta posición, aunque se alejara de las propuestas represivas y proscriptas, en cierto sentido prolongaba las expectativas típicas del antiperonismo de 1955 al suponer que los trabajadores se decepcionarían de los dirigentes peronistas y afluirían a un PS que, “recuperado para la clase trabajadora”, les ofrecía una “herramienta política legal” y un programa “avanzado”. ⁷

Otros, como Torcuato Di Tella, pensaban al PSA dentro del marco más amplio de la “reorganización de la izquierda democrática” ⁸, reconociendo que la única “oposición real” -la “verdadera izquierda”-, era la ejercida por la clase obrera, y sin su presencia política era imposible plantearse avances desde un punto de vista socialista. La única propuesta viable consistía en “llevar la acción política al movimiento obrero”, impulsando un “Frente de Representación Obrera”, ya que la genuina representación de los trabajadores se encontraba por entonces en los sindicatos; y si ese “frente” no lograba constituirse, los socialistas debían acompañarlos con el “voto en blanco”. Como forma de salir del antiperonismo, la audaz propuesta de Di Tella despertó resistencias; para los *moderados*, conllevaba el peligro de desdibujar el perfil socialista del partido; a la *izquierda*, le parecía riesgoso organizar un frente sobre la base del conjunto de la dirigencia sindical porque podría atar al PSA a una estrategia meramente “reformista” –“tradeunionista”.

⁶ La opción “frentista” tampoco los atraía en relación con los comunistas, a quienes veían como artífices de políticas “tortuosas” y faltos, también ellos, de la necesaria “independencia”, debido a su innegable ligazón con la URSS; por otra parte, no coincidían con una línea que implicaba la búsqueda de alianzas con la “burguesía nacional” y de acuerdos con las fuerzas políticas que la expresaban -el peronismo y los radicalismos.

⁷ O. Troncoso, “Tres crisis nacionales”, *Sagitario* n° 14, julio 1959.

⁸ T. Di Tella, “Aprenderemos del frondizismo?” y “Hacia una nueva política de la izquierda”, *Sagitario* n° 14, julio 1959, y n° 20, enero 1960. Esta perspectiva parece haber escapado a la “operación ideológica” que, según S. Sigal (1991:188), era típica de los intelectuales de izquierda: separar “ilusoriamente” clase y partido, y al peronismo de su jefe, para sí poder pensarse como futura dirección de las masas.

La izquierda: Situación y Che

Situación se definía a sí misma como “revista socialista militante”, “latinoamericana” y “marxista”, al exclusivo servicio de la clase trabajadora y “cerrada para los liberales”⁹, destinada a dar batalla dentro del partido para dotarlo de un perfil “revolucionario”, revisar los “errores” de la izquierda y desarrollar las potencialidades del peronismo.

Varios de esos temas estuvieron presentes en el polémico artículo de Pablo Giussani en el n° 1 de *Situación*¹⁰, cuyos ecos se hicieron sentir no sólo en los siguientes números de la revista sino también en otras publicaciones, como lo muestra la comunista *Cuadernos de Cultura (CC)* n° 50. Desde el punto de vista del autor, la división partidaria de 1958 había resultado de una larga lucha entre dos concepciones del socialismo: una que lo entendía como “idea” y como “docencia”, y otra que lo asumía como “tarea”. La primera correspondía a una prolongada etapa durante la cual el PS habría expresado a grupos obreros y núcleos intelectuales afincados en un país que, por el tipo y grado de su desarrollo económico, aún no reclamaba soluciones socialistas; por esa razón, a diferencia de lo ocurrido en Europa, en Argentina el socialismo había sido practicado como “profesión de fe subjetiva de una idea”, y no como “revolución de la realidad”. Pese a ello, el PS había actuado “como si” fuese una real oposición, traduciendo las luchas sociales en “lucha de ideas”, reduciendo los conflictos a la opción “democracia y totalitarismo” y embanderándose en una abstracta defensa del parlamentarismo. Por eso, en 1955 no había advertido el nivel ni el sentido tomado por la lucha de clases y había vuelto a “equivocarse de bando”, quedando alineado con lo más criticable que había tenido el peronismo -el clero, los militares y la burguesía-; según Giussani, el posterior reconocimiento de semejante error habría dejado a la militancia sin doctrina, pues la tradición partidaria era una herencia sólo aprovechable por el *ghiboldismo*, mientras que los “socialistas argentinos” enfrentaban una “crisis de identidad” reflejada en la diversidad de grupos y opiniones que convivían en el PSA. En cuanto al tema del perfil partidario y la política hacia el peronismo, el autor -en sintonía con las ideas de John W. Cooke, por entonces en Cuba-, propiciaba la integración del PSA en un “frente de trabajadores”, dentro del cual se privilegiara la unidad con el sindicalismo combativo y la izquierda peronista -la izquierda del “movimiento nacional”-.

⁹ *Situación* fue publicada entre marzo de 1960 y septiembre de 1961. Su Comité Editorial estaba integrado por Alexis Latendorf, Buenaventura Bueno, Louis Bergonzelli y Aníbal Parrondo

¹⁰ Giussani, P., “El socialismo: alternativa nacional”, *Situación n° 1*, marzo 1960.

T. Di Tella, que también escribió en *Situación*, hizo una interpretación similar de la historia del socialismo aunque, políticamente, se diferenció del grupo editor: partidario de la unidad con “todo” el peronismo, sostuvo que la disyuntiva del PSA -y toda la izquierda- consistía en optar entre un “socialismo ideológico” y un “socialismo político” -único camino realista que conducía a la confluencia entre movimiento obrero e “intelectuales de izquierda”-¹¹.

En forma casi paralela, la *izquierda socialista* se lanzó a editar otra revista -*Che*- destinada a un público más amplio¹². De fuerte tono *cubanista* y *antiimperialista* y con estilo desafiante analizaba la situación nacional y enfrentaba a la dirigencia política, tanto la de la izquierda “reformista” como la del peronismo “integracionista”. Sus páginas transmiten la convicción de que Argentina debía incorporarse al ciclo revolucionario abierto por Cuba, ya que el alto grado de combatividad de su clase obrera y el papel dinamizador de la línea “dura” del peronismo mostraban que las “condiciones” ya estaban dadas

Por otra parte, en el análisis del gobierno de Frondizi -su tensa convivencia con los “factores de poder”, su política económica y su acelerado deslizamiento represivo-, proporciona evidencias sobre el agotamiento del “régimen” para proporcionar alguna salida positiva a la crisis nacional. *Che*, una de las primeras revistas de la “nueva izquierda”, transmitía la convicción de que en el proceso de liberación nacional y social, los mecanismos electorales y parlamentarios no tenían más valor que el de una “táctica” utilizable dentro de una estrategia que, necesariamente, debía ser de corte insurreccional. En tal sentido podría decirse que la de *Che* fue una mirada desde la izquierda del “juego imposible” en el que se debatía la política argentina a raíz de la proscripción del peronismo, y también que en ella se aprecian los rasgos y síntomas de lo que Juan C. Torre calificara como “alienación política” de la generación decepcionada con el frondizismo, que poco más adelante abrazaría un proyecto decididamente revolucionario.¹³

¹¹ T. Di Tella, “Una izquierda política o una izquierda ideológica”, *Situación* n° 6/7, diciembre 1960. El mismo T. Di Tella (entrevista), recuerda que su postura de tipo “laborista” no era del agrado del grupo de *Situación*.

¹² editada entre octubre de 1960 y noviembre de 1961, buscaba llegar a todo el “progresismo” y mantuvo contactos con grupos comunistas -los ligados a Héctor P. Agosti-, intelectuales de izquierda independientes y ex frondizistas, además de sus vínculos con la “línea dura” del peronismo y con J. W. Cooke. A partir del n° 7, un grupo comunista del que participaban Juan C. Portantiero e Isidoro Gilbert se incorporó al proyecto de la revista.

¹³ J. C. Torre (1994), “A propósito del Cordobaza”, *Estudios* n° 4, Córdoba.

Desde un punto de vista práctico, las concepciones frentistas de la *izquierda* se tradujeron en la consolidación de lazos políticos con el peronismo combativo -Sebastián Borro, Jorge Di Pasquale- y con otros sectores de izquierda –comunistas, ex “contornistas”¹⁴, aun cuando no contara con el acuerdo del Comité Nacional del PSA –en el que era minoría-. Ante el llamado a elecciones para elegir un senador por la Capital, se lanzaron a lograr acuerdos con esas fuerzas para respaldar la candidatura de Alfredo Palacios, convencidos de que era posible enfrentar unificadamente a la derecha y al frondizismo utilizando la estructura legal del PSA.¹⁵ El triunfo de Palacios, que había desarrollado una campaña de fuerte tono opositor y exaltada adhesión a la revolución cubana, fue festejado por *Che* como un triunfo de su línea frentista: los datos mostraban que el incremento del voto al PSA en circunscripciones de fuerte composición obrera -como Mataderos- se correspondía con el retroceso del “blanquismo”.¹⁶ Al leer el episodio como confirmación de que ésa era la línea que el partido debía asumir en todo el país, la *izquierda* redobló la embestida sobre los *moderados* que se resistían a comprometer oficialmente al PSA en acuerdos electorales de ese tipo.

La confrontación en el PSA

A partir de entonces, la *izquierda* lanzó la discusión sobre las características del partido y del frente que se construirían. Su primer objetivo consistía en demoler la tradición “reformista” y parlamentaria del propio partido, así como su tradicional reticencia a las alianzas políticas. Para ello, propiciaban la discusión de un nuevo programa en el que el PSA delineara un futuro socialista para la Argentina y promoviera el encuentro del partido con las fuerzas sociales “históricamente capaces” de realizarlo: otra manera de decir que el único camino era el que llevaba al encuentro con el “movimiento popular”.¹⁷ Para que ese encuentro fuera posible, el PSA -y toda la izquierda- debían decidirse a “ir” hacia los trabajadores y hacerse cargo de sus características, aún cuando esto

¹⁴ al decir ex “contornistas” se hace referencia al grupo liderado por Ismael Viñas que, al poco tiempo de romper con Frondizi, dio origen al Movimiento de Liberación Nacional (MLN), una de las primeras formaciones de la “nueva izquierda”.

¹⁵ C. Barbé, “El frondizazo. Una técnica?”, *Che* n° 2, 11-10-60. Algunos grupos de la UCRI, que se apartaron del “frondizismo” fueron objeto de disputa entre la *izquierda socialista* y el PC: los que se mantuvieron identificados con el histórico “Programa de Avellaneda” -y el del “23 de febrero”-, por lo general dieron lugar a “partidos amigos” del PC (Movimiento Popular Argentino –MPA- y el Partido del Trabajo y del Progreso- PTP- de Santa Fe), *Che* n° 7, 2-2-61, n° 8, 17-2-61, n° 20, 11-8-61. El PC veía en ellos una expresión de la “burguesía nacional progresista” -con la que esperaba contar en el “frente nacional y democrático”-, y un vehículo legal mientras estuviera proscrito, I. Gilbert (entrevista).

¹⁶ Uno de los exaltados titulares decía “Cuba plebiscitada en Buenos Aires”, *Che* n° 8, 17-2-61; la revista adjudicaba a los votos a Palacios un contenido “netamente clasista” y revolucionario; de allí deducía que había que dejar atrás “vicios de la izquierda liberal” y encarar decididamente la construcción de un “movimiento de liberación nacional” que, siguiendo el ejemplo cubano, se hiciera cargo de la “idiosincrasia del pueblo”

¹⁷ debería evitarse concebirlo al nuevo programa como mera enunciación de reivindicaciones sindicales y democráticas.

implicara transitar caminos “no ortodoxos” y aunque no se contara con un poderoso partido de masas -socialista o comunista- para dirigir el proceso revolucionario.¹⁸

El segundo objetivo apuntaba a diferenciarse de la concepción del “frente democrático”, sostenida por el PC; influida por el “guevarismo”, la *izquierda socialista*¹⁹ rechazaba la visión “etapista” y sostenía que en las condiciones de América Latina, revolución nacional y revolución social eran parte de un único proceso dirigido a la construcción del socialismo. Aunque eventualmente algunos sectores burgueses pudieran participar del “frente”, éste no podría tener como objetivo la constitución de un gobierno de “amplia coalición democrática” para la conquista de una plena “legalidad” sino, por el contrario, la de destruir las bases políticas y económicas del poder de la “burguesía nacional” que, en nuestros países, estaba directamente ligado al del imperialismo. En tal sentido, se oponía tenazmente a que se considerara al proceso cubano como ejemplo de “frente nacional antioligárquico y democrático” –tal como lo hacía el PC-, ya que Cuba marchaba aceleradamente hacia el socialismo y desmentía, en los hechos, los esquemas comunistas y la estrategia “reformista” que de ellos se desprendía.

De manera bastante novedosa, *La Vanguardia* hablaba un lenguaje francamente marxista, y contrariando la tradicional defensa que el Socialismo había hecho de las instituciones democráticas y de su propia “labor constructiva” en el parlamento, abundaba en consignas que llamaban a “no más culto a la democracia formal”. Los *moderados*, por su parte, intentaban poner una valla a la expansión de los jóvenes: en su discurso y en su práctica veían peligrar las bases ideológicas y la identidad del partido. Respecto del modelo organizativo adecuado, consideraban que debía mantenerse el perfil de partido democrático, electoral y de base territorial, construido a partir de la figura del ciudadano adherente al “ideal del socialismo”. La *izquierda*, en cambio, pensaba que había llegado el momento de construir un partido “de vanguardia”, de estructura celular y funcionamiento interno inspirado en el “centralismo democrático”. La estructura legal -centros, personería política, etc.- se mantendría en paralelo con otra de carácter clandestino y con capacidad para operar en una situación política que, suponían, adquiriría rasgos crecientemente insurreccionales; la combinación de ambos niveles -agitación revolucionaria y participación

¹⁸ Para demostrar que tal empresa era factible, la *izquierda socialista* apelaba a la experiencia cubana tal y como había comenzado a ser explicada Ernesto Guevara en sus “Notas para el estudio de la ideología de la Revolución Cubana”. En ese trabajo, Guevara sostenía que “la revolución puede hacerse si se interpreta correctamente la realidad histórica y se utilizan correctamente las fuerzas que intervienen en ella, aún sin conocer la teoría”, y agregaba que la raíz del éxito cubano había radicado en el “permanente encuentro entre las fuerzas rebeldes y los campesinos” –a los que se había instruido sobre “la eficacia de la insurrección armada”-, E. Guevara, “Notas para el estudio de la ideología de la Revolución Cubana”, *Revista Verde Olivo*, 8-10-60, *La Habana*, en E. Guevara, 2002.

¹⁹ esta opinión era compartida por grupos comunistas que pronto se escindirían del PC.

electoral-, amplificaría las posibilidades de acción política, permitiría ligarse con los “comandos” peronistas y con el “aparato militar” comunista, y además, desarrollar campañas públicas vedadas para los “partidos proscriptos”. Así se podría impulsar una estrategia que apuntaba al desarrollo de un proceso insurreccional desencadenado a partir del movimiento huelguístico o de un episodio protagonizado por el proscripto peronismo.²⁰ En medio de esta puja, en mayo de 1961, se conoció que los resultados de las elecciones internas habían dado la mayoría del Comité Nacional a la *izquierda*. La perspectiva de que ésta impusiera su línea en el partido en vísperas de varios procesos electorales provinciales, decidió a los *moderados* a interrumpir el proceso eleccionario y provocar expulsiones que, en la práctica, derivaron en la división del PSA y en el definitivo distanciamiento entre el flamante senador Palacios y la *izquierda*. Ésta, entonces, se encaminó hacia la consolidación de su propio partido, el PSA “de Vanguardia”, y se lanzó decididamente a la búsqueda del frente con el peronismo.²¹

Un partido socialista, latinoamericano y fidelista

El siguiente paso se concretó con la reunión de un congreso extraordinario – Córdoba, 29/9 a 1º/10 de 1961- en el que los “vanguardistas” se proclamaron como “la izquierda más joven y más lúcida”, y definieron a su partido como “Socialista, Latinoamericano y Fidelista”. Entre las decisiones de esta reunión fundacional se cuenta la de “abrir” las listas electorales a eventuales candidatos extrapartidarios, con la expectativa de atraer al peronismo ante las próximas elecciones que se celebrarían en Santa Fe, posibilitando que sus hombres fueran candidatos de un partido legal. Este máximo esfuerzo político respondía a la convicción “vanguardista” de que la tesis de la revolución “democrático-burguesa” estaba perimida y que a la izquierda le había llegado la hora de poner en acción “la fuerza proletaria” encerrada en el peronismo, rescatándolo de sus “direcciones corporativas”. Dos afirmaciones fundamentaron semejante giro político: la que sostiene que el nuevo partido “*no se resigna a permanecer marginado de la realidad de las masas que se expresan en el peronismo*”, y la proclama que con su gesto “*toda la izquierda argentina contesta al impacto del peronismo y se autocrítica*” (las cursivas son mías).²²

²⁰ según B. Balvé, A. Latendorf (entrevistas) ellos pensaban que se debía forzar al gobierno para que autorice la concurrencia del peronismo. Lo que verdaderamente esperaban era que esas elecciones condujeran a un estallido insurreccional que, según calculaban, sobrevendría tanto si el gobierno mantenía la proscripción como si la levantaba ya que, si éste fuera el caso, “el régimen” no toleraría el inevitable triunfo del peronismo – o el de sus candidatos en un Frente, o en las listas socialistas.

²¹ inicialmente, ambas fracciones se identificaron como PSA Secretaría Tieffenberg, y PSA Secretaría Visconti. El primero luego tomará el nombre de PSA de Vanguardia y el segundo el de PSA Casa del Pueblo.

²² LV “*roja*”, 6-9-61; LR 29 y 30 -9-61. Muchos *entrevistados*, asignan carácter fundacional a este congreso y recuerdan que su Declaración Política tuvo amplia difusión entre la militancia y que podría sintetizarse en las decisiones sobre

A partir de entonces, el PSAV ya lanzado a la búsqueda del frente con el peronismo, tendría que enfrentar otras dificultades, derivadas ahora del rumbo que tomaría el “movimiento popular”: a medida que Frondizi le abría espacios de legalidad, el peronismo optaba por sus propios candidatos y se alejaba de las opciones frentistas con la izquierda. Encerrado en su propia lógica, el socialismo de vanguardia pasará de “canalizador” a elector del peronismo, convencido de que su triunfo al no ser aceptado por las FFAA desataría un alzamiento popular. Sin embargo, en 1962, la anulación de las elecciones ganadas por el peronismo en buena parte de las provincias, no dio lugar al esperado alzamiento; más aún, al muy poco tiempo, la dirigencia peronista -política y sindical- se encaminó a integrar la alianza de centro-derecha conocida como Frente Nacional y Popular. Al socialismo de vanguardia, y a otros grupos de la “nueva izquierda”, esta realidad no sólo los volvería escépticos respecto de eventuales insurrecciones, sino que además los dejaría fuera de todo juego político con posibilidades de incidir en la vida nacional. Sus discursos adquirirán un tono más ideológico que político; algunos se fragmentarán hasta casi desaparecer, otros dejando atrás la experiencia pasada, se orientarán decididamente hacia las estrategias y formas de organización que florecerían después de 1966.

Cuba, el peronismo, la lucha por la liberación nacional y el rechazo de la “revolución democrático-burguesa”. Según estimaciones, en su mejor momento, el PSAV reunía a unas 5 mil personas -afiliados, militantes y allegados. *PSA- 46º Congreso Nacional Extraordinario “Abrimos nuestras listas para construir un Socialismo Argentino, Latinoamericano y Fidelista”, Córdoba, 29 y 30 de septiembre y 1º de octubre de 1961”* (Secretario David Tieffenberg).